

PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y POPULISMOS: UNA CONTRADICCIÓN NO APARENTE

Citizen Participation and Populisms: A Non-Apparent Contradiction *

JORGE CASTELLANOS CLARAMUNT**
Universitat de València
jorge.castellanos@uv.es

Fecha de recepción: 30/05/2018
Fecha de aceptación: 06/07/2018

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 53-77
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7487>

RESUMEN Este artículo analiza el fenómeno de los populismos y su relación con la participación ciudadana desde un punto de vista crítico. Se destaca que con el uso del lenguaje se generan afinidades entre conceptos, como el de populismo y una mayor participación por parte de los ciudadanos, cuando, paradójicamente, suele producirse el fenómeno contrario, a saber, una o varias personas, en muchos casos autoproclamadas como la voz del pueblo, son las que determinan el porvenir de los ciudadanos, amparándose, precisamente, en una suerte de legitimación popular que es, cuando menos, discutible. Por ello se da una contradicción no aparente entre populismo y participación ciudadana ya que se excluye de las decisiones políticas a los ciudadanos en aras de una aparente mayor capacidad de decisión del pueblo.

Palabras clave: Populismos, participación, ciudadanía, política, democracia.

ABSTRACT This article analyzes the phenomenon of populism and its relationship with citizen participation from a critical point of view. It is emphasized that the use of language generates affinities between concepts, such as populism and greater participation by citizens, whereas, paradoxically, the opposite phenomenon usually occurs, namely one or more people, in many cases self-proclaimed as the voice of the people, are the ones who determine the future of citizens, with the excuse of a popular legitimation that is, at least, debatable. For this reason, there is a non-apparent contradiction between populism and citizen participation, since citizens are excluded from political decisions for the sake of an apparent greater capacity for decision of the people.

Key words: Populisms, participation, citizenship, politics, democracy.

* Para citar/citation: Castellano Claramunt, J. (2019). Participación ciudadana y populismos: una contradicción no aparente. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 53-77.

** Trabajo realizado gracias a la financiación del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (FPU014/02451). El presente estudio se realiza en el marco del Proyecto del MINECO excelencia "El avance del Gobierno Abierto. Régimen jurídico constitucional de la implantación de políticas de transparencia, acceso a la información, datos abiertos, colaboración y participación especialmente a través de las TIC y del gobierno electrónico" DER2015-65810-P.

1. INTRODUCCIÓN

El populismo ha sido objeto de intensos debates políticos y doctrinales en las últimas décadas. Estudiando a los autores que más han investigado sobre los populismos se pueden encontrar visiones de todo tipo: por un lado, las benévolas y defensoras de los modos de proceder de estos movimientos sociales y políticos y, de otro lado, observamos unas críticas furibundas que alertan de su potencial peligro. Entre las primeras destacamos a Ernesto Laclau (2005), para el que el populismo no se considera solo como la esencia de la política, sino también como una fuerza emancipadora. Entre las segundas encontramos avisos tan elocuentes como el siguiente: “un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo” (Ionescu y Gellner, 1969, p. 7).

Los primeros estudiosos del populismo, Gino Germani (1965) y Torcuato di Tella (1965), catalogaron desde un inicio este fenómeno como una anomalía política (Riveros, 2015). En todo caso, el ámbito al que nos vamos a ceñir en mayor medida es en la relación existente entre los populismos y la participación ciudadana. Entre estos conceptos se da una relación peculiar. *A priori* se trataría de una vinculación teórica extrema, en ocasiones se solaparían una vertiente y otra. Podrían ser, en último término, las dos caras de la misma moneda. Pero esto solo sería fruto de una primera aproximación no exhaustiva. Si procedemos a desgranar uno a uno los elementos y el fundamento de los populismos observamos que se da una utilización de un concepto amable, como es el de la participación ciudadana, ante el que cualquier persona podría tener una predisposición favorable de antemano, para atraer hacia sí esa *amabilidad* a un concepto como el de populismo que, cuando menos, genera *sentimientos encontrados*. Se da entonces la utilización de un concepto unívoco y que remite en el imaginario colectivo a algo bueno como es la participación ciudadana para *limpiar* la mala imagen que genera en muchos el concepto de populismo. De ahí que se produzca una contradicción que a primera vista resulta cualquier cosa menos aparente. Se han asociado hasta el extremo la participación ciudadana y el populismo al punto que parecen conceptos del mismo campo semántico. Lo cierto es que, si bien el populismo promueve y alienta una mayor incidencia de la población en las decisiones públicas, un acercamiento a los gobernantes destruyendo con ello las instituciones tradicionales que mediatizaban esa relación, el resultado final no es una mayor participación ciudadana, sino la superposición de otro sistema político y social cuyas decisiones más importantes vienen orientadas, si no fijadas ya de antemano, por los dirigentes. Con el agravante de que estos nuevos dirigentes populistas se amparan en la voluntad del pueblo para tomar las decisiones que consideren. Los popu-

listas son empresas políticas que intentan hacerse con la máxima cuota de mercado (van Reybrouck, 2017, p. 30). Lo que buscan no son voluntades populares, sino adhesiones masivas. La contradicción no es aparente porque el resultado es irónico: más participación promueven los populistas, menos incidencia real tienen los ciudadanos que con las instituciones tradicionales, representativas y garantes de la participación plural de la sociedad en los asuntos públicos.

2. FUNDAMENTO DEL POPULISMO

El populismo no es el pueblo ni la opinión del pueblo, sino el manejo de esa opinión con un fin político (Gambra, 2017, p. 204). En esa misma línea, Margaret Canovan se refiere a los populismos como movimientos fruto de una acción polémica. Ponen el foco en el pueblo para dar forma política a determinadas pretensiones, haciendo así directa una relación emocional con los ciudadanos (Canovan, 1981, p. 123).

El populismo se presenta regularmente como crítica a un estado de cosas existente, crítica radical que no puede ser atendida por los medios y mecanismos con los que cuenta ese orden (Ulloa Tapia, 2013).

Con estos elementos puestos sobre la mesa ya podemos esbozar una línea a seguir en cuanto a los fundamentos del populismo. Esa crítica a lo existente, esa búsqueda de polémica amparándose en un malestar popular es la clave para que el germen populista se expanda. Ciertamente es que hay lugares más proclives que otros, por su propia historia e idiosincrasia, como puede ser el continente americano. América del Norte, y en particular los Estados Unidos, tienen una larga historia de movilización populista, que se remonta a finales del siglo XIX¹. En el caso norteamericano casi todas las fuerzas populistas significativas se han caracterizado por movimientos con un liderazgo central y una organización relativamente débiles. Desde la revuelta agraria de finales del siglo XIX a *Occupy Wall Street* y movimientos *Tea Party* de principios del siglo XXI, el populismo en América del Norte a menudo ha surgido espontáneamente y ha sido caracterizado por la movilización (Mudde y Rovira, 2017, p. 22).

1. La agitación de los populistas, que trajo a la vida pública estadounidense una capacidad de indignación política efectiva, marca el comienzo del fin de la época posterior a la Guerra Civil. A corto plazo, los populistas no obtuvieron lo que querían, pero liberaron el flujo de protestas y críticas que barrió los asuntos políticos estadounidenses desde la década de 1890 hasta el comienzo de Primera Guerra Mundial (Hofstadter, 1955, p. 60).

Pero si hay una zona geográfica donde se ha desarrollado históricamente con mayor intensidad el fenómeno del populismo esta es, seguramente, Suramérica. Encontramos personajes en el siglo xx que entrañan las características fundamentales del populismo como pueden ser José María Velasco en Ecuador, Getulio Vargas en Brasil, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Zuazo en Bolivia y, por supuesto, Juan Domingo Perón en Argentina (Martínez Lillo y Rubio Apiolaza, 2017, pp. 22-24). Hallamos muchos ejemplos principalmente suramericanos, ya que pese a que se trate de un fenómeno global, la raíz populista es bien visible en el continente americano:

(...) en el marco latinoamericano, el concepto de populismo, o de movimientos nacional-populares, es uno de los más importantes para analizar el desarrollo histórico de la región. Más allá de su significado político-coyuntural, siempre presente más bien en su faceta negativa, hay que afirmar que el populismo es un fenómeno permanente en las sociedades de muchos países, en las que ha cubierto una gran trayectoria histórica (Martínez Lillo y Rubio Apiolaza, 2017, p. 15).

Y estos populismos fueron actualizados, de alguna manera, con un nuevo impulso en la última década del citado siglo xx. Por ello Mayorga se refiere a esta nueva oleada populista latinoamericana como de *neopopulistas*, cuyo matiz diferencial, tal vez por el extremo descaro con el que llevaron a cabo estas actuaciones, es que se mostraban cercanos al pueblo en sus mensajes, pero los que pudieron conseguir el poder desarrollaron, en muchos casos, políticas neoliberales, en franca oposición a los discursos progresistas y repletos de demagogia y populismo que los habían aupado al poder (Mayorga, 1995).

De todos modos, ejemplos neopopulistas los hay de todo tipo y condición. No se restringen exclusivamente a América del Sur, sino que podemos citar otros muchos también en la propia Europa como el modelo Le Pen-Haider-Fortuyn con los partidos xenófobos de Europa occidental; la variedad separatista del estilo del *Vlaams Blok* belga o de la Liga Norte italiana; y por supuesto el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo. También las corrientes etnopopulistas post-comunistas de Europa del Este; todo esto sin olvidar la protesta islamista en Turquía. Si bien es cierto, y como no podía ser de otra manera, que el populismo reciente o neopopulismo ha sido y es muy relevante también en el escenario latinoamericano destacando el neopopulismo mediático y liberal de América Latina acuñado por Carlos Menem y Fernando Collor; el casi peronismo resucitado de Hugo Chávez y continuado por Nicolás Maduro; así como el populismo burgués y *bien-pensant* de Lavín en Chile (Hermet, 2008, pp. 22-23).

Como hemos indicado este nuevo populismo se basa en un claro marketing para ser elegidos, hacerse elegir como populistas para, en muchos casos, enseguida aplicar programas económicos neoliberales de notoria impopularidad. La existencia de alguien capaz de fundirse de forma orgánica con la masa, de impregnarse de sus valores y de conocer todos sus anhelos se acerca más a la mística que a la política. No es una corriente de fondo, es simple marketing (van Reybrouck, 2017, p. 30).

Se trabaja concienzudamente en un marketing electoral que acaba con un resultado paradójico. Se trata de hacer aplicables al pueblo, en el que se han sustentado para alcanzar el poder contra la llamada *oligarquía dominante*, unas soluciones basadas en la austeridad a la que combatían. Los más desfavorecidos reciben la misma solución sobre la que pretendidamente luchaban. El único cambio es el movimiento dominante, con la irónica cuestión de que los ciudadanos apoyan a movimientos que aspiran a voltear todo, principalmente lo injusto del sistema, pero las cuestiones técnicas resuelven al final el mantenimiento de la misma dinámica, y eso solo en el mejor de los casos. Ello nos trae a la mente el Poema 20 de Neruda: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos” (Neruda, 1993, 48) que explicita, de forma magistral el núcleo esencial de la idea de los populismos. Un fenómeno basado en el uso de una voluntad popular, alimentado por una serie de elementos como la desafección política y la habilidad aglutinadora de un líder para reunir a amplios y diversos sectores sociales tras una idea básica común. El desarrollo de esa idea ya será otra cosa una vez alcanzado el poder como bien resumirían los versos de Neruda.

Teniendo presente que el fenómeno del populismo es cambiante, variable y se fundamenta en su capacidad de adaptación al entorno podemos aventurarnos a destacar algunos de sus rasgos más repetidos históricamente. Así, siguiendo a Martínez Lillo y Rubio Apiolaza (2017, pp. 19-21), como elementos del populismo básico subrayamos, en primer lugar, su ambigüedad ideológica. El populismo no es una ideología y tampoco hace suya una que le sea exclusiva. Los populistas tampoco tienen una forma específica de organización (Hermet, 2008, pp. 14-15).

Lo cierto es que la característica fundamental de los movimientos populistas es la adaptabilidad. Pero se trata de una adaptabilidad desde un doble enfoque: por un lado existen populismos de diversas ideologías porque lo que se pretende es abanderar una supuesta reclamación social. En consecuencia, en función de la procedencia del foco de conflicto la ideología será una u otra. Pero esa ambigüedad ideológica no se basa solo en el inicio del movimiento, sino que, a su vez, puede ir modulándose por motivos sobrevenidos debido a cambios sociales. Es decir, a los supuestos deseos cambiantes de un grupo amplio de la población. Dando una nota

de humor al tema los populismos en estos casos responderían a la famosa cita atribuida a Groucho Marx: “Estos son mis principios, si no le gustan tengo otros”. Un ejemplo claro de esta carestía ideológica en los populismos lo muestra el profesor Ballesteros cuando indica:

(...)el resentimiento une a unos y otros populismos, ya que están basados en la solidaridad excluyente y en el recurso a los chivos expiatorios. Un ejemplo paradigmático de esta coincidencia entre populismos es el nacionalismo catalán actual cuya raíz es de extrema derecha, está caracterizado por su proclividad a la rapiña y que está apoyado por grupos de extrema izquierda. Ambos sectores están unidos por la arrogancia y por el mecanismo de proyección de culpas (Ballesteros, 2017).

En segundo lugar, y de forma muy relacionada con el elemento anterior, cabe poner de manifiesto que los populismos se basan en la apelación discursiva al pueblo. El político populista es uno con el pueblo, es lo que dice su retórica (van Reybrouck, 2017, p. 30). De hecho los populistas manejan un concepto de pueblo que posee una gran variabilidad y flexibilidad, por tanto no se ciñen a criterios habituales como la clase social. Lo que pretenden es la adhesión de una cantidad ingente de personas para que sus reivindicaciones se vean mezcladas y difusas y, por tanto, que de ellas resulte un grupo muy amplio sin una apariencia homogénea y definida. No se excluye prácticamente a nadie con el propósito de formar una masa imposible de categorizar, precisamente porque esa función la asume el movimiento populista cuya función es aglutinar a un gran conjunto de actores múltiples y diversos.

El pueblo es uno de los términos políticos que más claramente alude a un objeto de representación total imposible. El pueblo es la presentación del todo, pero cada enunciación del pueblo implica una partición de ese todo. Esto se ve claramente cuando se analiza un determinado discurso político y se constata los diferentes equivalentes a los que se refiere con la idea de pueblo, por ejemplo, el pueblo como la clase obrera, el pueblo como los desposeídos, el pueblo como los pobres o simplemente pueblo como igual a los de abajo (Groppo, 2004). De hecho, la apelación populista al pueblo incluye no solamente a sectores organizados, sino también marginales, mujeres, migrantes, clases medias e incluso sectores del empresariado nacional. Como indican Martínez Lillo y Rubio Apiolaza esta apelación discursiva “se corresponde con un discurso antioligárquico y *antiestablishment*, clave en su propuesta política y discursiva” (2017, p. 20).

En tercer lugar, se encuentra el liderazgo personalista. Los líderes son fundamentales para la mayoría de los fenómenos políticos y el populismo, sin duda, no es una excepción (Mudde y Rovira, 2017, p. 62). Este ele-

mento es clave puesto que no existiría en sí mismo un fenómeno populista sin un líder. A través de sus cualidades personales, los líderes ejercen una influencia directa en el voto; los electores, independientemente de otras consideraciones, las tienen en cuenta a la hora de tomar una decisión (Rico Camps, 2002, p. 79). Obviamente la consecuencia directa es que en todo movimiento populista el riesgo de que toda esa organización derive en un liderazgo autoritario es manifiesto. Y es que el líder ejerce un control sobre todo el fenómeno aglutinador popular, también maneja el discurso que se emite a la ciudadanía y los tiempos del mismo, y todo ello barnizado con un componente sentimental, remitiendo siempre a las emociones, a lo irracional. De cara a ejercer liderazgo los mejores consejos a escuchar vendrán siempre de Maquiavelo (1994) que ya sostuvo que el Príncipe “necesita contar con la amistad del pueblo porque de lo contrario aquel no tiene remedio en la adversidad”. Teniendo en cuenta que por su propia naturaleza el populismo envía mensajes diversos y, aun, contradictorios, el hecho de que esta persona que dirige el movimiento tenga un especial carisma entre la población es básico. Tiene que hacer ver a todo el mundo que aquello que expone, aquello hacia lo que va dirigido el movimiento populista es la voluntad del pueblo. Al trabajar con discursos volátiles y flexibles esta posición no se sostiene, puesto que si la voluntad del pueblo fuera una, clara y determinada, estaríamos ante civilizaciones homogéneas y carentes de elementos discrepantes. Por ello, con ese concepto de *pueblo*, ni este, ni ningún grupo social en concreto, puede desear una cosa y la contraria. Es en sí mismo una contradicción. Pero esto no supone una barrera para un *buen* líder populista. La cualidad de modular e, incluso, transformar el discurso sobre la marcha es clave para seguir liderando un presunto movimiento social. Realmente el hecho de que se cambien posiciones respecto de temas fundamentales solo responde, en la inmensa mayoría de los casos, a dos circunstancias: o bien se quiere mantener esa posición de liderazgo a toda costa y, como buen *sofista* que es todo demagogo y populista, da lo mismo defender una cosa que la contraria; o bien se modifica el mensaje inicial que tenía como objetivo recabar una adhesión lo más amplia posible y, una vez adquirido ese vínculo emocional, irracional y sentimental con un llamado *pueblo*, se vira hacia los intereses personales del líder y de sus *acólitos*, para refrendar sus posiciones personales con una *pseudovoluntad popular*.

El líder carismático otorga cohesión al pueblo así creado explotando el antagonismo con el grupo o los grupos señalados como obstáculo para la realización de los fines, formulados a través de abstracciones como justicia, cambio social, prosperidad. Ese antagonismo convierte a los señalados como culpables en chivos expiatorios que resuelven las tensiones

acumuladas en la comunidad, sea cual sea la auténtica responsabilidad de los así marcados (Arias Maldonado, 2016, p. 133).

En cuarto lugar, el populista involucra una relación social —y electoral— entre líderes y bases caracterizada básicamente por el clientelismo, a saber, por la reciprocidad y la lealtad, entre la base electoral y el líder, aunque desde la verticalidad (Martínez Lillo y Rubio Apiolaza, 2017, p. 21). Lo cual es manifiestamente contrario a la concepción de participación ciudadana que se maneja en los escenarios populistas. En los populismos se da una relación directa, sin filtros ni plazos. La gente decide, en principio, directamente. Se colman sus aspiraciones dándoles lo que quieren de forma rápida y acelerada.

Como síntesis podemos entender por populismo, siguiendo a Ulloa Tapia (2013), aquella estrategia carente de ideología que se manifiesta antes, durante y después de los procesos electorales y que recurre a un discurso popular en el que se ofrecen remedios instantáneos ante las demandas sociales, también se ataca a sus enemigos o se los crea de manera ficticia puesto que siempre debe tratar de derribar a un poder establecido con supuestos caracteres opresores sobre el pueblo, pero un pueblo entendido de modo global, sin aspiraciones de ser delimitado claramente. Se requiere un *nosotros* y un *ellos*, pero lo ideal para que triunfe en mayor medida el movimiento populista es que las fronteras entre el *nosotros* y el *ellos* sean claras, que sea obvia incluso una confrontación entre ambos bloques, pero los componentes de ambos grupos deben definirse de forma difusa. Siempre pueden fagocitarse nuevos grupos sociales por lo que el mensaje no debe ser del todo excluyente. La fuerza no está en el discurso, que suele ser hueco, sino en la capacidad de aunar esfuerzos con el mayor número posible. Contentar a cuantos más mejor en una lógica de enfrentamiento contra un poder establecido. El mensaje se dirige a un segmento tan amplio como sea posible, pese a que, eso sí, se enfatiza su interés en personas de escasos recursos ya que estos estarán, en principio, mucho más de acuerdo con modificar las estructuras sociales que devienen en escenarios de injusticia y desigualdad. Una vez se alcanza el poder de lo que se trata es de desprenderse de cualquier elemento institucional, ya que se sigue fomentando el contacto directo con la población para dar esa sensación de participación efectiva de los ciudadanos en las decisiones. Participación que es completamente irreal puesto que las decisiones siguen siendo tomadas por aquellos que dirigen las cuestiones públicas, solo que se da una apariencia de gobierno abierto y participativo para contentar los deseos participativos de la sociedad. Paradójicamente para potenciar esta mayor participación se debilitan las instituciones tradicionales representativas y se crean otras instituciones en aras de

un mayor hilo directo con los intereses de la población, muy habitualmente más burocratizadas y distantes de los ciudadanos que el régimen tradicional. El fin de estas instituciones no es el de dar mayor voz a la población, sino el de establecer estructuras estables de poder que posibiliten la permanencia del movimiento populista en los órganos de decisión: su supervivencia.

También hay que destacar que el neopopulismo que hemos indicado se nutre de los avances relativos a la mejora de la tecnología y la información precisamente para crear esa sensación de relación directa y permanente con los gobernantes, relación que no se sostiene en demasía cuando los propios canales comunicativos pueden orientarse de forma sencilla a los intereses de los dirigentes populistas. Manipulación informativa, demagogia y populismo son conceptos que suelen ir entrelazados. Hacer ver lo que no hay y ocultar lo que obviamente está. Es un arte, a fin de cuentas. En muchos aspectos malévolos y perjudicial para la sociedad, pero requiere de cierta maestría. Orientar un discurso en el que la gente participe cuando verdaderamente el denominado pueblo no toma ninguna decisión efectiva, sino las élites populistas. Y es que el populismo no es sinónimo, ni mucho menos, de un incremento de la participación ciudadana. Más bien es un modo perverso de derribarla.

3. POPULISMO NO ES SINÓNIMO DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA

La participación ciudadana es clave en la democracia. Es algo que hay que propiciar para la mejora democrática. Esta afirmación solo puede tener la aprobación general de todos, es un criterio objetivo sobre el que edificar la construcción democrática de cualquier sociedad. En principio no habría mucha discusión, si todos participamos de las decisiones, o al menos formamos parte del proceso que se sigue para llegar a esas decisiones, en cierto modo se reafirmará la democracia puesto que el poder, efectivamente, estará en manos de los ciudadanos. Se cumplirá la máxima de la democracia, ya al menos desde el punto de vista del sentido literal de la palabra, de que es el pueblo aquel que ostenta el poder.

Pero existe un temor fundado en democracia. El temor de que aparezcan como adalides de la participación ciudadana aquellos que no solamente no la defienden, sino que la interpretan de un modo malicioso. Los movimientos populistas, con la propaganda que les acompaña habitualmente, destilan mensajes envueltos en parámetros aparentemente democráticos, pero que contienen conclusiones muy nocivas para las reglas de los sistemas democráticos. Una muestra es el ataque permanente a los partidos políticos cuya función radica en expresar el pluralismo político y

manifestar la voluntad popular, por lo que los partidos políticos devienen en un instrumento fundamental para la participación política. Porque como afirma Bensaïd:

(...)una política sin partidos conduce a una política sin política, tanto a un seguidismo sin proyecto hacia la espontaneidad de los movimientos sociales como a la peor forma de vanguardismo individualista y elitista o, finalmente, a una renuncia política en beneficio de una postura estética o ética (Bensaïd, 2004, p. 139).

Podemos encontrar esta animadversión hacia los partidos políticos en los estudios de Baldi y Albert Márquez relativos a la situación política en Italia que ya muestran que la propaganda del Movimiento 5 Estrellas se basaba en unos principios sencillos: “los partidos son enemigos de la sociedad y causa de todos los males, esclavizan a la ciudadanía, es necesario que los ciudadanos vuelvan a participar y a decidir” (Baldi y Albert Márquez, 2017). Es decir, es necesario participar, pero los partidos políticos, que son el cauce representativo de la voluntad popular son *enemigos*. La conclusión lógica es que el modo efectivo de participar es adherirse al movimiento populista. Plantear la batalla contra ese *ellos* difuso que representa el poder establecido. Todo lo que suene a institucional debe ser derribado. Amparados, eso sí, en más participación ciudadana, pero una participación ciudadana convenientemente encauzada en beneficio del movimiento de turno. De ahí que hablemos de una contradicción no aparente entre populismo y participación ciudadana. Se remite a una participación ciudadana dirigida en cierto modo, no libre y fruto de la deliberación, no consecuencia del pluralismo político que posibilitan los partidos políticos y las instituciones democráticas. Nada de eso. Una participación ciudadana que arremete contra sus principios básicos de libertad y pluralidad. En definitiva abogar por una participación ciudadana previamente cercenada de sus principios básicos. Y es que no hay nada más saludable para una democracia que los ciudadanos participen activamente en la vida pública, y para ello se debe generar el escenario participativo adecuado. El problema es crear unas expectativas participativas que sean imposibles de llevar a cabo, puesto que ello solo redundará en el enfado y alejamiento de los ciudadanos respecto de los aspectos políticos, que son fundamentales para el desarrollo democrático. Y ese enfado, precisamente, ese alejamiento gradual de los escenarios públicos de decisión es el alimento de los populismos. El modo en que se dirija ese enfado hacia las instituciones será la clave del crecimiento o no de los movimientos populistas. Si se eliminan las instituciones tradicionales y se presentan otras *a priori* más cercanas al ciudadano se plantea una alternativa participativa

que puede seducir a la ciudadanía. Evocando a la participación ciudadana masiva se da a entender que todos participaremos de todo (lo cual no hay mente meridianamente sensata que lo asuma como factible). Por eso Sánchez y Font (2002, p. 93) indican que “hay que entender que la representatividad de la participación política no depende necesariamente del hecho de que *todos* participen, sino que la gente que participe se pueda presentar como una muestra representativa del conjunto de la población”.

Pero todo ello es solo una estrategia. Aparentar que los ciudadanos toman las riendas de la vida pública. En realidad no es el objetivo que se persigue porque las decisiones seguirán siendo tomadas en otros escenarios. Con un agravante. Al destrozarse las instituciones representativas tradicionales se derriban las bases de la participación ciudadana tradicional. ¿Y cuál es una de esas bases democráticas? Sin duda el elemento clave en todo proceso participativo que realmente quiera tener una incidencia democrática es la deliberación. Bohman afirma que el proceso deliberativo obliga a los ciudadanos a justificar sus decisiones y opiniones apelando a intereses comunes o argumentando en términos de razones que todos podrían aceptar en el debate público (Bohman, 1996, p. 5). Los movimientos populistas no conducen a una democracia deliberativa y participativa ya que, como sostiene Viola, una democracia deliberativa es siempre abierta, porque si el objetivo inmediato del discurso público es también el de alcanzar una decisión política, las conclusiones finales son siempre provisionales y pueden ser siempre sometidas a discusión (Viola, 2009, p. 125). Someter a deliberación y participación las decisiones públicas es el fundamento de las democracias participativas, pero esa relación no se da en los populismos al ser estos movimientos producto de corrientes de opinión, sin deliberación.

Para Cohen (2007, pp. 137-138), la deliberación ideal es libre si satisface dos condiciones: en primer lugar que los participantes se consideren atados únicamente a los resultados de su deliberación y a las precondiciones de dicha deliberación, es decir, que su consideración de las propuestas no esté constreñida por la autoridad de normas o requerimientos previos. Este hecho no se produce en los movimientos populistas puesto que las consultas vienen fuertemente orientadas por el líder carismático que trata de involucrar a la ciudadanía en la decisión. Se ejerce una suerte de presión grupal ya que lo que se va a decidir siempre es contra el poder opresor establecido. El lenguaje maniqueo que manejan impide que no exista cierta presión popular. Y en segundo lugar, los participantes suponen que pueden actuar de acuerdo con los resultados, puesto que toman el hecho de que se haya llegado a una decisión concreta a través de su deliberación como una razón suficiente para actuar de acuerdo con ella. Esta circunstancia tampoco se da por un simple hecho: los movimientos populistas carecen de ideología. Son completamente

volubles. Al no tener una fijación ideológica clara los resultados de cualquier decisión son perfectamente interpretables desde cualquier perspectiva. En una lógica de arriba y abajo, de poder opresor y pueblo, el líder del movimiento populista se siente con plena libertad para redirigir cualquier opinión sustentada en la participación ciudadana. Es una suerte de intérprete de la voluntad popular, por lo que el proceso participativo del que resulte cualquier decisión no le invalida su discurso. Su discurso es hueco y por tanto reutilizable en cualquier sentido político. Por eso no hay tensión real entre democracia participativa y populismo, porque el populismo se nutre de una aparente mayor participación ciudadana. No se genera un enfrentamiento claro ni manifiesto entre esos dos elementos porque el populismo siempre tratará de afianzar sus postulados en una supuesta decisión popular. El problema que se deriva es que no tendrán la base sólida de la democracia participativa puesto que les faltará el proceso clave de deliberación. Y es que lo importante de participar en una decisión es escuchar los argumentos de los demás y contrastarlos con los propios. Discrepar. Lo fundamental no es llegar a un consenso sin más. Lo principal es deliberar. “La política en el sentido más noble del término estriba en el intercambio de razones, de argumentos; en la capacidad de convencer al otro; pero también, y esto es incluso más importante que lo anterior, en la disposición a dejarse convencer por los argumentos del otro” (Fernández Ruiz-Gálvez, 2014). El consenso no tiene por qué ser el resultado final. Y mucho menos las adhesiones inquebrantables que exigen los movimientos populistas. Al establecer una clara línea entre el *nosotros* y el *ellos*, lo que sostenga el pueblo, aquello que abandere el movimiento populista, será la lucha contra las injusticias, la búsqueda de un mayor bienestar. El resultado perseguido siempre es el de aplastamiento. La unanimidad. Todos, en cuanto pueblo, desearán las mismas cosas, y serán los líderes de los movimientos populistas los que encabecen, en *beneficio del pueblo*, esa pugna por la mejoría popular.

Teniendo en cuenta que aquellos que manejan el discurso serán los propios líderes de los movimientos y que con cierta inteligencia remitirán a lo más profundo del corazón, a lo irracional, para buscar adhesiones, hay que ser bastante inocente para no concluir que dirigirán todo ese foco social en aquello que les beneficie fundamentalmente a ellos.

Siempre se buscará eliminar el requisito básico de la deliberación, con el esfuerzo de preparación, información y humildad intelectual que ello supondría para los participantes. Se buscarán y trabajarán en base a un estudio marketing las adhesiones necesarias para fortalecer el mensaje y, por consiguiente, la población que apoye de forma manifiesta el movimiento. El objetivo no es la participación ciudadana, es la adhesión ciudadana.

4. PRESUPUESTO DEL POPULISMO: LA DESAFECCIÓN POLÍTICA

Hemos centrado la cuestión en la participación, pero hay que ser conscientes de que la participación ciudadana se ve amenazada por una serie de cuestiones que la atacan directamente. Una de ellas es, sin duda, la desafección, puesto que el descontento con las políticas aleja al ciudadano de los ámbitos participativos, de aquellos lugares legítimos y predispuestos en democracia para que los ciudadanos efectivamente participen en la cosa pública. Abundan las expresiones de crítica y de queja respecto de los políticos electos. Una de las más habituales es la denuncia de su escasa fidelidad a los ciudadanos que deberían representar, rompiendo la vinculación de confianza entre unos y otros. Gran parte de la ciudadanía se siente defraudada (Anduiza, 2012, p. 45). La desafección alude a un conjunto de sentimientos difuso por el que los asuntos políticos son vistos como algo lejano, faltos de importancia o carentes de sentido (Cano Bueso, 2014, p. 34).

Las teorías del malestar democrático o de la fatiga democrática, el aparente incremento del número de *demócratas insatisfechos*, la cada vez más extendida desafección democrática, la reinante apatía política o la reciente profusión de ciudadanos indignados en muchos países calificados como democráticos son fenómenos que se están convirtiendo en habituales no solo en las sociedades contemporáneas, sino incluso ya en los estudios de la ciencia política (Camacho y Oñate, 2014, pp. 15-22).

El populismo se basa en la crítica del estado de las cosas, en la desafección política. Ese descontento no deriva en una mayor participación ciudadana, sino en formas de encauzar ese descontento político y social en beneficio de alguien. Los actos políticos, como todos los actos, no son neutros. Siempre benefician a alguien, y aquel que consigue abanderar a los descontentos, a los separados del sistema, a aquellos que se sienten fuera de las decisiones, es el que saca provecho de esas situaciones. Pero el modo de dirigir ese descontento es mediante mensajes emotivos, irracionales. Es un caldo de cultivo extraordinario para populistas que quieren aprovecharse de vacíos de poder, o que encuentran la manera de alcanzarlo de alguna manera.

Es más, el ya expuesto fundamento populista que reside en entornos propicios como puedan ser los gobiernos suramericanos da pie a otro punto de vista. Tal es la desafección y desencanto políticos entre los ciudadanos en determinados países de América del Sur que más que una utilización artificial de las reivindicaciones sociales por parte de unos líderes populistas se produce una suerte de desesperanza hacia la política. No hay ni confusión ante los mensajes populistas. La ciudadanía es consciente del proceso y, pese a ello, en cierto porcentaje lo asume y apoya. Tal es la visión, siempre desde

la retórica de las élites extractivas que manejan Acemoglu y Robinson, que argumentan esta teoría:

No se trata de que los argentinos sean ingenuos y piensen que Juan Perón o políticos peronistas más recientes como Menem o los Kirchner son altruistas y defienden sus intereses, o que los venezolanos vean su salvación en Hugo Chávez, sino que muchos argentinos y venezolanos reconocen que todos los demás políticos y partidos durante tanto tiempo no les han dado voz, no han proporcionado los servicios públicos más básicos, como carreteras y educación, ni los han protegido de la explotación por parte de las élites locales. Muchos venezolanos apoyaron las políticas que adoptaba Chávez aunque vinieran acompañadas de corrupción y derroche del mismo modo que muchos argentinos apoyaron las políticas de Perón en los cuarenta y setenta (Acemoglu y Robinson, 2012, pp. 452-453).

El populismo no es la solución, pero el elitismo tecnocrático tampoco. Los populismos atraen porque plantean soluciones sencillas para problemas complejos. Estamos en una fase de evolución de nuestras sociedades en que buena parte de la gente, ansiosa, indignada o simplemente perpleja, prefiere votar a quienes le gestionan su rabia que a quienes pueden solucionarles los problemas que motivan esa rabia (Innerarity, 2018).

Es difícil plantear un escenario en el que la ciudadanía no se sienta lejos de la política. La corrupción, el hecho de que no se suela contar con la gente para tomar decisiones y la dificultad de seguir la política respecto de las cuestiones molares y no superficiales. En este último caso son los propios medios de comunicación los que distorsionan los temas políticos al enfatizar los aspectos más conflictivos, determinando la agenda política y asumiendo el peso del control político que los partidos han dejado de hacer (Pauner Chulvi y Tomás Mallén, 2014, p. 64).

Todo ello suma puntos para sentirse lejos de los gobernantes. Crece el desapego, la desafección. Y es que el descontento que la ciudadanía siente hacia los dirigentes políticos también se basa en que se subrayan siempre más los elementos formales que los verdaderamente importantes: los materiales. Los populismos basan su discurso muchas veces en la eliminación de las liturgias ya que el ciudadano siente que solo es importante en el momento electoral, cuando deposita su voto. El desencanto es producto de una toma de conciencia por parte de la ciudadanía. El ciudadano es desprovisto de su capacidad de incidir en la política en el momento que otorga su voto, es desconvocado y desaparece de la esfera pública para volver a refugiarse en sus asuntos (Iturbe Mach, 2011, p. 263). La relación entre los ciudadanos y los partidos políticos tiene lugar en momentos muy puntua-

les —casi exclusivamente en los electorales— y se desarrolla de una manera muy superficial por lo que no puede sorprender que esté muy extendida la creencia de que los partidos políticos no responden a las inquietudes de la ciudadanía por falta de permeabilidad a sus propuestas (Pauner Chulvi y Tomás Mallén, 2014, p. 47).

En consecuencia, esta desafección viene provocada por muchos factores y, por supuesto, uno de los elementos responsables de este alejamiento es la actitud de los partidos políticos. Precisamente por ello resultan ser el blanco de los movimientos populistas. El mensaje de que las élites, los partidos políticos, se encuentran de espaldas a la ciudadanía tiene un destinatario claro. Porque esa despreocupación por los asuntos públicos que indicábamos se ha hecho más profunda con la actuación y funciones que dentro de la democracia representativa han asumido los partidos políticos. No pueden exonerarse de culpa. El problema es que si se eliminan esos cauces democráticos de la voluntad popular que son los partidos políticos nos encontramos con una situación peor. Los partidos políticos son imprescindibles en cualquier sistema democrático. Con sus defectos. Con sus imperfecciones. De hecho autores como Dienel sostienen que, más que por los intereses del Estado, en ocasiones los partidos se preocupan más por sus propios intereses —fundamentalmente los de sus aparatos— priorizando sus intereses a los de los ciudadanos. De ahí que afirme que los partidos se alejan de los problemas reales de los ciudadanos al disminuir su contacto directo con ellos. En su opinión, “el interés de los partidos por sobrevivir y expansionarse ha desencadenado asimismo la transformación de partido de tipo ideológico a partido de tipo populista” (Dienel y Harms, 2000, p.51). E incidiendo en esta cuestión, Habermas indica que “los partidos políticos tratan de influir en el público para así mantener el propio poder político no yendo a la esfera pública a otra cosa que a extraer de él lealtad de una población reducida a masa” (Habermas, 1998, p. 460). De ahí que haya que defender a los partidos políticos, pero en la vertiente positiva. La deriva populista de los partidos políticos solo acrecienta el distanciamiento de la ciudadanía respecto de la política y genera el afianzamiento de los movimientos populistas, incluso, como indica Dienel, en la propia esfera de los partidos. Por eso hay que reforzar los aspectos positivos de los partidos en las democracias representativas y participativas, puesto que realizan una función integradora de muchos ámbitos sociales. Implican a los excluidos. Se posibilita el cauce de participación política mediante ellos. Si los populismos se dedican a denostar a los partidos políticos tradicionales es, precisamente, porque ellos suponen un dique a sus aspiraciones y ansias de poder. Los partidos garantizan el pluralismo político. Eso hay que ponerlo en valor. Es cierto que existe desapego hacia los partidos en determinados

momentos históricos y situaciones geográficas. Pero ello no puede implicar su supresión. O peor. Su sustitución por movimientos populistas. Los partidos políticos de manera más o menos acertada realizan acciones políticas en base a los criterios del juego democrático. Los movimientos populistas pasan por encima de todo el entramado institucional y, cuando pueden, lo reducen a su mínima expresión.

Por tanto, no es muy popular, ni populista, claro está, defender la función de los partidos políticos, y menos en nuestros tiempos. Pero pese a todo no se puede dudar de que los partidos políticos son un elemento nuclear del estado democrático contemporáneo (Iturbe Mach, 2011, p. 265). El propio Tribunal Constitucional español en su sentencia 48/2003, de 12 de marzo, los califica como asociaciones de evidente relevancia constitucional ya que su vocación es integrar, mediata o inmediatamente, los órganos titulares del poder público y son, como dice el Alto Tribunal, asociaciones que “actualizan como voluntad del Estado la voluntad popular, ya que contribuyen a conformar y manifestar mediante la integración de voluntades e intereses particulares en un régimen de pluralismo concurrente”. “Los partidos son así, unas instituciones jurídico-políticas, elemento de comunicación entre lo social y lo jurídico, que hace posible la integración entre gobernantes y gobernados, ideal del sistema democrático. Confirmando y expresando la voluntad popular, los partidos contribuyen a la realidad de la participación política de los ciudadanos en los asuntos públicos (artículo 23 CE)” (Fundamento Jurídico 5.º). Pese a ello, uno de los principales obstáculos del sistema democrático es el creciente desafección social sobre la política y las instituciones de gobierno, la desafección democrática. La participación ciudadana en las políticas públicas ha derivado en una de las vías más innovadoras para el perfeccionamiento del sistema democrático, lo que le otorgaría más legitimidad social al modelo de democracia representativa (Pérez Soriano, 2014, p. 94). Una participación ciudadana real puede, por tanto, acabar con esa desafección. Pero una participación ciudadana no modulada por líderes populistas. No fomentando adhesiones a postulados prefabricados. Un aumento de la información a la ciudadanía y un mayor compromiso de los partidos a abrir la deliberación y toma de decisiones a los ciudadanos puede devenir en un elemento clave para acabar con los populismos. A fin de cuentas los populismos se valen de este desencanto democrático para acabar con los pilares de la democracia. Y para ello envían un mensaje participativo. Irreal en su mayoría, pero los ciudadanos que se dejan llevar por este tipo de mensaje tienen un deseo claro y honesto de incrementar su compromiso democrático. Lo que quieren es participar y determinadas opciones les plantean, en principio, una mayor capacidad de participación y decisión. Esa debe ser la respuesta de los partidos políticos

tradicionales para acabar con la desafección. Están muy bien las políticas de transparencia, informar a la gente de los procesos y las decisiones. Pero hay que dar un paso más en el ámbito participativo porque el descontento generalizado será aprovechado por los movimientos populistas básicamente por ese motivo.

No debemos considerar la democracia como una forma política inmutable, definida de una vez por todas. La democracia moderna, tanto ahora como en el pasado, es susceptible de introducir una mejora significativa, y su funcionamiento puede ser más efectivo y pleno. Si se queda como está, ni reforzada ni reformada, es sumamente vulnerable a toda clase de depredadores (Ginsborg, 2010, 196).

Una democracia más participativa puede acabar con los populismos al poner de manifiesto que lo que se busca desde determinados posicionamientos no es incrementar la influencia de los ciudadanos, sino socavar las instituciones. El diálogo deliberativo busca minimizar este tipo de influencia endógena y no pública y reemplazarla con la influencia o las contribuciones al debate público en curso (Bohman, 1996, p. 33). Pero para mejorar la democracia también es necesario que ese desapego político no implique un desinterés hacia lo político. Dicho de otro modo, hay que fomentar la curiosidad que los ciudadanos manifiestan hacia los asuntos políticos, independientemente de la imagen que tengan de las instituciones y de los actores políticos. Sin un grado mínimo de atención, el ciudadano no podrá saber si la política le afecta o no, ni tendrá la suficiente información para formular sus demandas, ni para transmitir las mediante algún canal de participación a los políticos o a las autoridades oportunas en caso de que desee o necesite hacerlo así (Bonet, Martín y Montero, 2006, p. 118).

5. POPULISMO Y DEMOCRACIA

Los demagogos han sido los grandes estranguladores de civilizaciones. La griega y la romana sucumbieron a manos de esta fauna repugnante (Ortega y Gasset, 2002, p. 37). La relación entre el populismo y la democracia siempre ha sido un tema de intenso debate. Aunque estamos lejos de alcanzar un consenso, no es descabellado sugerir que el populismo constituye un peligro intrínseco para la democracia (Mudde y Rovira, 2017, p. 79). El populista es un discurso que enciende a la población porque la enfrenta a una oligarquía dominante que, en principio, sería la responsable de las injusticias que se dan en la sociedad. Pero cada agente debe cumplir unas funciones y tener una responsabilidad distinta. Hay que combatir el

populismo fácil de pensar que los propios ciudadanos pueden encargarse de todas las funciones. Hay algunas que, por su perfil y por los conocimientos técnicos que requieren, deben quedar en manos de otros agentes, sean políticos o técnicos, de la administración (Fundación Kaleidos, 2003, pp. 43-49). Además el populismo choca frontalmente contra un criterio básico de las democracias que es el respeto de lo diverso, de la pluralidad, y de lo minoritario. El populismo explota las tensiones que son inherentes a las democracias liberales, que tratan de encontrar un equilibrio armonioso entre la regla de la mayoría y los derechos de las minorías (Mudde y Rovira, 2017, p. 82).

De todos modos hay que tener una conciencia crítica de la democracia y de los motivos por los que han surgidos tantos y tan diversos movimientos populistas. El desgaste del término democracia, tal vez por el exceso de éxito en las últimas décadas, ha ocasionado una cierta erosión. Ello lo pone de manifiesto Hermet cuando afirma:

La consigna general del mundo actual es la democracia. Sin embargo, no hay que ilusionarse. La democracia viene a transformarse hoy en día en un mero vocablo de la “diplomacia estratégica”, desprovisto de significado preciso desde que se convirtió simplemente en la etiqueta del orden mundial ortodoxo (suprime la pena de muerte, deja de fumar en los aeropuertos, habla del Estado de derecho para cualquier cosa y serás democrático...). Excepto los islamistas violentos, nadie o casi nadie conserva por lo tanto la facultad de pasar de ella. Lo importante es pronunciar la palabra (Hermet, 2008, p. 65).

Por tanto, el populismo supone una amenaza para los sistemas democráticos en tanto en cuanto hay un cierto cansancio del sistema propiciado por su extensión en el tiempo. Así, el populismo, por lo que puede implicar de efectos positivos vistos desde la perspectiva de un sistema arraigado ya profundamente en las culturas políticas de la mayoría de países, tiene una oportunidad de desestabilizar a los sistemas democráticos. El mensaje que remite a la ciudadanía, obviamente, se fundamenta en los elementos positivos y ello llega a la sociedad consiguiendo, de este modo, adhesiones. Mudde y Rovira (2017, p. 83) subrayan como elementos positivos de los populismos los siguientes: (a) el populismo puede dar voz a los grupos que no se sienten representados por la élite política; (b) el populismo puede movilizar a los sectores excluidos de la sociedad, mejorando su integración en la política y el sistema; (c) el populismo puede mejorar la capacidad de respuesta de los políticos del sistema, fomentando la implementación de políticas preferidas por los sectores excluidos de sociedad; y (d) el populismo puede aumentar la democracia responsable, solventando problemas y mejorando las decisiones que forman parte de la política.

Esos elementos positivos, algunos de ellos matizables, tratan de solapar las otras muchas características perniciosas para los sistemas democráticos que pueden reducirse, haciendo un esfuerzo de síntesis, en la anulación de los derechos de las minorías; en la destrucción de todo andamiaje institucional, andamiaje que es el verdadero facilitador de la participación ciudadana y, por consiguiente, se trata de restringir la participación ciudadana a aquellos ámbitos que favorezcan la pervivencia de los líderes populistas en los movimientos que encabezan; en la eliminación de toda deliberación y debate, fulminando de ese modo la posibilidad de coaliciones y de sinergias entre ideologías y partidos políticos diversos; ataca también, en consecuencia, cualquier brote de pluralismo político; y, por último, la utilización de los sentimientos de la ciudadanía para posicionarla en situaciones que responden a una índole política, racional y de debate, construyendo así un modo de obrar político totalmente adverso para regímenes democráticos.

En esta dualidad populismo-democracia no partimos, tampoco, de ningún plano de igualdad, pues, como sostiene Mayorga (1995), el populismo no tiene elementos para cuestionar la democracia, situación que sí se da a la inversa puesto que el populismo trata de acrecentar las crisis democráticas, que sin duda las hay, socavando las instituciones democráticas. Worsley (1969) considera que el populismo se torna incompatible con la democracia cuando ignora por completo la existencia de instituciones que le parecen meramente burocráticas o afines al poder, y, al mismo tiempo, cuando se cuestionan los derechos de las minorías, rechazando así el pluralismo que debería existir en toda sociedad democrática.

El objetivo es destruir la democracia desde dentro. Usar de las instituciones democráticas para aniquilar el sistema. Además se cae en un contrasentido puesto que una de las banderas de los populistas, en muchas ocasiones, es la de la democracia radical. “Más democracia”, suelen publicitar. “Más participación del *pueblo*”. “Democratizar en mayor medida las sociedades”. Pero al derribar pilares institucionales y promover la figura de un líder carismático, la democracia entraría en un proceso de regresión. El líder debe estar dentro del sistema, en todo caso, porque sin esa ubicación, sin esa estructura institucional su mensaje no llega a la ciudadanía. Es más, las libertades que permite ese régimen *opresor* al que quiere derrocar son, precisamente, las herramientas de las que se puede valer para desarrollar su mensaje político. Pero, a su vez, quiere destruir toda institución que medie entre él y el *pueblo*. La entrada de un líder que capitaliza el descontento social es la trampa del populismo, ya que se consiente que entren en escena líderes que catalizan las posibilidades que brinda la misma democracia para cuestionar las instituciones que permiten los procedimientos (Mayorga, 1995).

Si el sistema democrático se estabiliza, los populistas continuarán desafiando cualquier limitación en el gobierno de la mayoría, y cuando sean lo suficientemente fuertes, pueden causar un proceso de erosión democrático. Afortunadamente, es poco probable que amenacen la existencia del sistema democrático hasta el punto de producir su desaparición, ya que experimentarán una fuerte resistencia de múltiples actores e instituciones que defienden la existencia de organismos independientes especializados en la protección de los derechos fundamentales (Mudde y Rovira, 2017, p. 96).

De todos modos, hay que tener en cuenta que como solución para la democracia enferma, el populismo no es una vía muy prometedora, eso queda claro. Pero que un remedio no sea adecuado no significa que el diagnóstico que ofrece no contenga elementos valiosos. Sin duda, la actual representación popular tiene un problema de legitimidad; en esto los populistas aciertan (van Reybrouck, 2017, p. 31).

6. POPULISMO Y TIEMPO

La democracia tiene sus tiempos. Todos los procesos están tasados y medidos para que la ciudadanía tenga las garantías de que todo va a seguir un cauce legal y adecuado. Las prisas son contrarias a la democracia puesto que las decisiones exigen que haya reflexión, debate, deliberación. La velocidad en la toma de decisiones no es propia de regímenes democráticos.

El tiempo y también una cierta distancia son elementales. Si no existiera una cierta distancia frente a los electores los gobiernos no podrían, en ocasiones, decir la verdad y la política no conseguiría desvincularse del poder del instante. O justificamos democráticamente esa *distancia* o no tendremos argumentos para oponernos al populismo plebiscitario, que cuenta, a derecha e izquierda, con impecables defensores (Innerarity, 2018).

Los populistas mantienen con el tiempo una relación ajena a los cánones elementales de la política; ya sea por el efecto de su propia demagogia o inconsciencia o por la impaciencia irreflexiva de sus clientes, se niegan a considerar los largos plazos necesarios para la satisfacción de las demandas populares que impone la complejidad del ejercicio del gobierno (Hermet, 2008, p. 20).

La temporalidad de los populismos es, en consecuencia, anti-política. La necesidad de dar una respuesta presuntamente instantánea a las demandas ciudadanas, esa eliminación de toda barrera entre gobernantes y gobernados, reduce a la mínima expresión la concepción temporal de las decisiones políticas. Pero los problemas sociales, por su propia naturaleza,

no se resuelven súbitamente, por arte de magia. Hay situaciones, las más, que requieren de escuchar a muchas perspectivas diferentes, estudiar en profundidad, tener en cuenta también a elementos minoritarios y, tras todo ello, tomar una decisión lo más próxima posible a la solución acertada. No puede establecer un modo inmediato de solución de problemas en aras de una mal entendida participación ciudadana, participación carente en muchos casos de información, por supuesto de reflexión y huérfana totalmente de deliberación y debate. Lo que se auspicia es una solución acelerada, directa desde el punto de vista de la ciudadanía, pero en ningún caso de carácter democrático.

Por ello la relación de los populistas con el tiempo es principal. El acortamiento de los tiempos es uno de los mensajes que pueden seducir en mayor medida a la ciudadanía. Si se promete una escucha directa y permanente a la voluntad del pueblo el resultado será un mayor apoyo social. Pero “los populistas son unos *tramposos*. Como se sabe, pueden reclamarse de tres pueblos distintos o bien de los tres a la vez, según el momento, uno nacional y unificador que trasciende las clases sociales, otro plebeyo y que *vomita a los ricos*, y el último más o menos étnico” (Hermet, 2008, p. 21). Así se diluye ese pretendido efecto temporal de resolver cuestiones de forma rápida y escuchando a los ciudadanos porque se remitirán a la voluntad popular que cada vez convenga. Puede existir, aunque no es segura, una relación directa con los ciudadanos para tomar decisiones, pero el modo en que se afronten las cuestiones irá determinando el resultado que se persigue. Es un juego en el que nunca se pierde. Siempre decide la voluntad popular, el pueblo, siempre todo es resultado de la participación ciudadana. ¿Pero qué participación ciudadana?

De todos modos estos populismos modernos tienen muchos elementos a favor. Ya hemos indicado que una de las características de los movimientos populistas es su adaptabilidad. Y, precisamente, la sociedad actual tiene como eje fundamental la instantaneidad. Todo debe ser rápido. Todo viene ya procesado. El individuo viene a vivir, en términos generales, de satisfacciones inmediatas. No hay tiempo que perder, puede ser el *leitmotiv* de la sociedad. Y esa base acelerada es aprovechada por los movimientos populistas que se adaptan a los enfoques actuales. Si la gente no se plantea escenarios excesivamente reflexivos para su día a día, mucho menos dispuesta estará a invertir mucho tiempo en solventar cuestiones públicas. Los populismos se valen de eso en un doble sentido: primero preconfiguran una respuesta que beneficie al propio movimiento y luego, en virtud de mensajes directos al corazón, a lo irracional, y con una clara escenografía maniquea de *nosotros* y *ellos* dan carta de naturaleza a decisiones que, en última instancia, no provienen de ellos. Es una decisión del *pueblo*. Los

ciudadanos se adhieren a una determinada postura pensando, o haciendo como que piensan, que el sustrato de esa decisión es popular, que remite a la voluntad de todos. Al no haber tiempo que perder y al recibir mensajes que dulcifican el proceso de decisión y que, a la vez, hacen gala de la importancia, figurada eso sí, de la opinión del pueblo en esa decisión, el proceso que lleva a la ciudadanía a adherirse a esas cuestiones es mucho más rápido. Y además honrando al dicho: *lo bueno, si es breve, dos veces bueno*. Sobre la decisión no podemos saber, *a priori*, si es buena o mala, pero los elementos emotivos y de empoderamiento del pueblo apuntarán a la ciudadanía a que, por lo menos, será una decisión del *pueblo*. Y breve desde luego lo es. Cualquier decisión irreflexiva y carente de debate por definición tiene que ser breve. Por eso la democracia exige esfuerzo, tiempo, deliberación. No es algo fácil. Las decisiones públicas deben ser tomadas desde la reflexión y no pueden dejarse llevar por lo fácil y rápido.

La democracia puede ser una actividad agotadora que destruye el sistema nervioso y, en cierto sentido, cuanto más democrática sea, más agota a sus participantes. ¡Cuánto más fácil sería delegarlo todo en los demás! O, dicho en términos más sencillos, confiar nuestro destino a una de esas figuras populistas que infestan las democracias modernas y que prometen asombrosas resoluciones para nuestros problemas a cambio de la adulación de su persona (Ginsborg, 2010, 200).

7. CONCLUSIONES

El proceso populista está enmarcado en una contienda política, es decir, en una reivindicación discontinua y pública de una parte que no es gobierno frente a otra que sí lo es (Riveros, 2015). Por este motivo los populismos se caracterizan por una ausencia de ideología definida. Y es por eso que surgen muchas dudas a su alrededor. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de populismo y bajo este término englobamos a políticos tan dispares como Donald Trump, Beppe Grillo, Alexis Tsipras o Marine Le Pen? (Innerarity, 2018, p. 19).

El populismo preocupa porque excluye, aunque su mensaje principal es el de integración en el *pueblo*. Pero son los populistas los que articulan lo que es el pueblo, descalifican a sus oponentes y basan sus decisiones en una participación ciudadana entendida desde un prisma muy particular: aquellos que se adhieren a las decisiones de los líderes populistas. El discurso del *nosotros* y *ellos* genera este tipo de exclusión. Las decisiones se toman, aparentemente, por la voluntad del pueblo. Y el líder populista se *inviste*

la capacidad de encauzar ese sentir popular. Para ello se apoya en los caracteres amables de la participación ciudadana. De hecho trata de confundir sus elementos característicos con los propios de democracias participativas e incluyentes. Pero no se sostiene esta posición puesto que no se da el elemento de la deliberación. Lo cierto es que se interpreta de forma favorable al movimiento populista cualquier decisión de la ciudadanía. De ahí que consideremos contradictorio ese pretendido anclaje entre populismo y participación ciudadana a lo largo del texto. Porque la descalificación de los oponentes como no pertenecientes al pueblo, sino a la trama, la casta y las élites hace que mucha gente se pueda sentir excluida. La participación ciudadana será solo válida si es la que es del *pueblo* que estos movimientos predeterminan. Con ello se excluye a los no coincidentes y se fomenta una adhesión carente de reflexión, deliberación y debate, que son esenciales en todo sistema democrático.

En conclusión, la aparente relación directa existente entre participación ciudadana y populismo solo es eso, aparente, pues los movimientos populistas determinan aquello que es lo bueno para el *pueblo*. Un pueblo definido y determinado por el propio líder del movimiento populista, sea de la ideología que sea, y que remite siempre a una nebulosa opaca de conjunción de voluntades populares. Todas convergen en aquello que conviene al movimiento. Esa es la *magia* de la democracia populista fundada en una participación ciudadana homogénea y monocolor. Y de ahí que entre populismo y participación ciudadana surja una contradicción. Una contradicción bien escondida, no aparente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acemoglu, D. y Robinson, J. A. (2012). *Por qué fracasan los países: Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- Anduiza, E. (2012). *Política para apolíticos: Contra la dimisión de los ciudadanos* (1.ª ed.). Barcelona: Ariel.
- Arias Maldonado, M. (2016). *La democracia sentimental: Política y emociones en el siglo XXI*. 1.ª ed. Barcelona: Páginas indómitas.
- Baldi, B. y Albert Márquez, J. J. (2017). Crisis de la representatividad democrática y populismos. Una mirada sobre Italia y España, *Ámbitos Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, n. 37, 95-109.
- Ballesteros, J. (2017). Por una rebeldía sin resentimiento: contra la desigualdad obscena y el populismo. *Revista Persona y Derecho*, n. 77, 59-69.
- Bensaïd, D. (2004). *Cambiar el mundo*, Madrid: Catarata.

- Bohman, J. (1996). *Public deliberation: Pluralism, complexity and democracy*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Bonet, E., Martín, I. y Montero, J. R. (2006). Las actitudes políticas de los españoles. En J. R. Montero, J. Font y M. Torcal (eds.). *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Camacho, B. y Oñate, P. (2014). El estudio de la representación política en el sistema democrático. En M. J. Ridaura Martínez (ed.). *Representación política y parlamentarismo multinivel*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Cano Bueso, J. (2014). Representación política y desafección ciudadana. En C. Ruiz-Rico Ruiz (ed.), *Participación política y derechos sociales en el siglo XXI*. Zaragoza: Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Nueva York: Harcoun Brace Jovanovich.
- Cohen, J. (2007). Deliberación y legitimidad democrática. En M. C. Melero (ed.). *Democracia, deliberación y diferencia*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras.
- Di Tella, T. (1965). Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico* 4 (16), 391-425.
- Dienel, P. C. y Harms, H (2000). Repensar la democracia. Los núcleos de intervención participativa. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Fernández Ruiz-Gálvez, E. (2014). La democracia como acción concertada y el futuro del Estado social. *Revista Persona y derecho*, n. 70, 77-113.
- Fundación Kaleidos (2003). *Equipamientos municipales de proximidad: plan estratégico y de participación*. Gijón: Ediciones Trea.
- Gambra, J. M. (2017). El populismo en España. En Miguel Ayuso Torres (coord.). *Pueblo y populismo: los desafíos políticos contemporáneos* (pp. 203-228). Madrid: Itinerarios.
- Germani, G. (1965). Democracia representativa y clases populares en América Latina. En G. Germani, A. Touraine (comps.), *América del Sur: un problema nuevo*. Barcelona: Nova Terra.
- Ginsborg, P. (2010). *Así no podemos seguir: participación ciudadana y democracia parlamentaria* (M. Pino Moreno Trad.). Barcelona: Los libros del lince.
- Groppo, A. (2004). El populismo y lo sublime. *Studia politicae*, n. 2, 39-58.
- Habermas, J. (1998). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- Hermet, G. (2008). *Populismo, democracia y buena gobernanza*. Barcelona: El viejo Topo.
- Hofstadter, R. (1955). *The Age of Reform*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Innerarity, D. (2018). *Política para perplejos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ionescu, G. y Gellner, E. (1969). *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Iturbe Mach, A. (2011). 'Democracia, democracia electrónica y Parlamento Vasco'. En J. Barrat Esteve y R. M. Fernández Riveira (coords.), *Derecho de sufragio*

- y participación ciudadana a través de las nuevas tecnologías*, 1.^a ed. Cizur Menor Navarra: Civitas.
- Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- Maquiavelo, N. (1994). *El Príncipe* (Trad. Octavio Manziñi). *Vid.*, principalmente Cap. IX, “Del Principado Civil”. Barcelona: Editorial Fontana.
- Martínez Lillo, P. A., y Rubio Apiolaza, P. (2017). *América latina actual: Del populismo al giro de izquierdas*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Mayorga, R. (1995). *Neopopulismo y antipolítica*. La Paz: CEBEM.
- Mudde, C. y Rovira, C. (2017). *Populism, a very short introduction*. Nueva York: Oxford University Press.
- Neruda, P. (1993). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Barcelona: Editorial Seix Barral, Biblioteca breve.
- Pauner Chulvi, C. y Tomás Mallén, B. (2014). Parlamentarios y ciudadanía: el debilitamiento de la representación política. En M. J. Ridaura Martínez (ed.), *Representación política y parlamentarismo multinivel*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Pérez Soriano, J. (2014). Avaluació i participació per al desenvolupament local. En R. Calvo, M. Bou y J. Portet (coords.) *La evaluación y la política, elementos estratégicos de futuro para el desarrollo local*. Valencia: Ed. Neopàtria
- Ortega y Gasset, J. (2002). *La rebelión de las masas*. Madrid: Clásicos del siglo XX El País.
- Rico Camps, G. (2002). *Candidatos y electores: La popularidad de los líderes políticos y su impacto en el comportamiento electoral*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Riveros, C. (2015). Populismo, democracia y democratización. *Persona y sociedad*, Vol. 29, n. 3, 103-126.
- Sánchez, J. y Font, J. (2002). *Participació ciutadana y govern local: els Consells Ciutadans*. Barcelona: Mediterrània.
- Ulloa Tapia, C. (2013). El populismo en la democracia. *Revista Forum*, Vol. 1, n. 4, 83-94.
- Van Reybrouck, D. (2017). *Contra las elecciones: cómo salvar la democracia* (M. Mabres, Trad.). Barcelona: Taurus.
- Viola, F. (2009). “El papel público de la religión en la sociedad multicultural”, en Á. Aparisi Miralles y M. Díaz de Terán (coords.), *Pluralismo cultural y democracia*. Cizur Menor Navarra: Thomson Reuters- Aranzadi.
- Worsley, P. (1969). El concepto del populismo. En G. Ionescu, E. Gellner (comps.), *Populismo* (259-304). Buenos Aires: Amorrortu.